

LEGAL
PUBLIC AN

L 59439474 B

12 *Kevin O'Leary*
Inspector of the United States

SERIES 1985
A *Henry H. Fowler* 12
Secretary of the Treasury

TWENTY DOLLARS

20

20

LA ESTAFA

TRADUCCIÓN: JUAN FERNANDO MERINO

ILUSTRACIÓN: TOBÍAS

ROLAINE
HOCHSTEIN

Mitzi es una mujer pequeña, rolliza y ordenada, que vive sola pero no es solitaria. Su apartamento es acogedor. Su empleo de nivel administrativo intermedio se acopla muy bien a sus habilidades y a su experiencia y las prestaciones son seguras. Cuando se jubile en cinco o en diez años será una mujer con libertad de movimientos, que nunca tendrá que pedir los platos más baratos en los restaurantes ni volver a casa a pie en medio de una tormenta.

El tiempo libre de Mitzi se ve copado con citas para tomar café, sesiones de ejercicio en el gimnasio y actividades culturales. Una noche por semana —llueva, nieve o cante Renee Fleming en el Teatro de Ópera— toma el autobús hasta una de las zonas sombrías de la ciudad y agarrándose con fuerza a la barandilla desciende con cuidado las empinadas escaleras hasta la sacristía de la iglesia del Buen Pastor, donde ella y otro voluntario colocan sobre la mesa comidas de Pollo Frito Kentucky para doce personas sin hogar, algunos nuevos, otros repentines, que después pasan el resto de la noche durmiendo o velando en un perímetro de catres plegables con sábanas limpias y cobijas gruesas. Destellos de compasión irradian de los pálidos ojos de Mitzi detrás de sus anteojos redondos y de marco grueso color beige.

Un tipo como Steve es capaz de detectar las mujeres como Mitzi desde el lado opuesto de una cancha de fútbol. Y ahora se encuentra a una distancia muchísimo menor, en frente de la entrada al banco, observando a Mitzi, que se ha abierto paso entre el tráfico e ingresa con paso firme al andén. Es una tarde de viernes a principios de abril en una ciudad en que abril puede ser frío, y que hoy lo es. El jovencito parece inmerso en un círculo de perplejidad; se ve pulcro pero desorientado. No tiene que atraer la mirada de Mitzi porque ella ya ha reparado en él. Mitzi puede ver que necesita ropas más abrigadas que la camisa blanca desprovista de corbata y la chaqueta entreabierta. Es un muchacho de aspecto dulce, ni alto ni bajo, de facciones aniñadas, un cutis tan suave como un dulce de arce, un cabello negro y apretado. Sostiene la mirada de Mitzi. “Perdóneme, señora”, le dice. “Estoy un poco perdido por aquí. ¿Podría usted ayudarme con algo de información?”. Se saca del bolsillo un fajo de billetes en desorden y los extiende sobre la mano abierta. “Soy nuevo en esta parte del país”. Mitzi sopesa la situación. No es que sea una ignorante de los peligros de la calle. Pero no existe peligro en el rostro del muchacho ni en su voz.

Mitzi estuvo casada una vez. Las cosas no funcionaron. Después de la ceremonia Mitzi y como se llamara nunca llegaron a ser verdaderamente cercanos. El aspecto físico de la relación jamás pasó de la mera fisicalidad. A Mitzi no le gustaba aquello. No le gustaba tenerlo encima —jadeando, sudando, adentrándose en ella—. Está casi segura de que no era culpa suya, que con un hombre diferente, alguien más poético, más apto, hubiera deseado entregarse.

“¿En qué le puedo ayudar?”, pregunta Mitzi. Esto resulta irónico pues es ella quien necesita ayuda. Colgada de un brazo lleva una voluminosa bolsa de compras con el logo de las tiendas Gap, del otro un bolso lleno de libros, y meciéndose entre ambos un bolso bandolera, imitación de una marca de diseñador.

El muchacho le está mostrando un puñado de billetes de diez y de veinte en el que se entreveran un par de billetes de cien. Quiere guardar el dinero en el banco, pero el banco está cerrado. Con gentileza, Mitzi le empuja la mano en dirección del pecho. “No debería estar mostrando el dinero en la calle”, le dice.

La entrada al cajero automático es de colores circenses, seductores. ESTAMOS A SU SERVICIO. El llamativo anuncio se extiende en arco por encima del desfile de clientes que entran con tarjetas bancarias y salen con dinero. Steve los observa con sus ojos redondos, castaños, inofensivos. “Aquí tengo dos mil dólares”, explica, dirigiéndose al público en general. Y a Mitzi: “Son mis ahorros. No quiero llevarlos encima todo el fin de semana”.

Como era de suponerse, no tiene una cuenta bancaria, ni una tarjeta ni un número de clave. Mitzi menea la cabeza desaprobatoriamente.

Steve no deja que se vaya. Le dice que tiene cita con un tipo muy importante de la universidad. Una entrevista para ingresar a la Escuela de Negocios. Las calificaciones del colegio son buenas, pero como Mitzi seguramente sabe, las entrevistas tienen muchísimo peso.

“Se suponía que nos encontraríamos en la recepción del hotel. No puedo seguir andando con este montón de billetes que no me caben en el bolsillo”.

Mitzi no puede evitar sonreír. “¿Estudia negocios?”.

Los ojos del muchacho parpadean cuando sonríe. “Es lo mismo que me pregunta mi mamá. Le digo que así es, que apenas estoy estudiando y que todavía no he aprendido”.

No puede guardar su dinero en la caja fuerte del hotel porque la clase de sitio en que se aloja no tiene caja fuerte.

La sonrisa de Mitzi es comprensiva pero con un destello de irritación. Están justo en la entrada del cajero automático. Una cliente que sale sostiene la puerta abierta y Mitzi le dice, “No, gracias”. “No debería dejar entrar a otros”, le explica a su joven amigo. Inserta la tarjeta. Steve le sostiene la puerta. “¿Puede creer que nunca he usado un cajero de estos?”.

No. Mitzi no lo puede creer.

“Mamá se hacía cargo de todo. La razón principal por la que me tenía que ir de casa”. Eso es algo que Mitzi puede entender.

“Bueno”, dice Steve, “ya sé que lo que necesito es abrir una cuenta. Lo haré mañana a primera hora”. Por lo pronto él estaría muy agradecido si Mitzi pudiera guardar este dinero en la cuenta de ella.

“No puedes depositar en efectivo. Tiene que ser un cheque”.

“¿Y qué tal si le doy el dinero mañana?”.

El jovencito es un caso perdido. Mitzi le dice “Sé que puedes confiar en mí pero no puedes tener completa seguridad”.

“Confío en usted”.

“¿Y cómo lo reclamarías? Yo no vivo en el banco”.

Coloca su bolsa con las compras en el suelo. Steve le sostiene su cartera y se hace a un lado mientras Mitzi efectúa un retiro, teniendo la precaución, como siempre hace, de cubrir con la mano los números de su clave. “Es muy sencillo”, le explica. “En la pantalla aparece todo lo que tienes que ir haciendo. Ahora estoy retirando doscientos dólares”.

“¿Tan poco?”, reflexiona Steve. “¿Sí le va a durar?”.

“No soy una persona derrochadora. No me gusta cargar mucho dinero conmigo”.

“A mí tampoco”. Su risa queda resonando al interior de Mitzi.

Una o dos veces al mes Mitzi se ocupa de sus necesidades. Se prepara cuidadosamente. Ropa ligera. Una toalla usada. Vaselina. En ocasiones piensa que es triste estar sola, pero enseguida se acuerda de alguno de los tres o cuatro hombres con los que ha tenido relaciones después de su divorcio y entonces se siente agradecida, aunque un poco avergonzada, por la satisfacción que logra alcanzar. La autoestimulación no conlleva ninguno de los problemas que se presentan con la interacción: impotencia, trato brusco, gruñidos indecorosos. Una vez, con una amiga, se aventuró a visitar un sex shop. Ya en su interior se sintieron abrumadas por la cantidad de implementos de todos los colores y tamaños, muchos de los cuales Mitzi no lograba imaginar para qué servían y ninguno de los cuales se atrevería a comprar. A la salida del lugar, sintiéndose como una adolescente, le dijo a su amiga: “¿Qué tal que sufriera un accidente o un infarto y alguien encontrara una de esas cosas en mi mesa de noche!”.

El cajero automático entrega diez billetes de veinte dólares que salen de las fauces de ese milagroso dispensador. Mitzi los cuenta. Tiene como costumbre colocar el dinero que retira en el compartimento para los billetes grandes que tiene su billetera, y esta a su vez guardarla en el bolsillo interno con cremallera de su cartera. Pero hoy esta acción se ve interrumpida. Una joven rubia se tropieza con ella y le hace perder el equilibrio. “¡Ay, lo siento!”. La mujer, vestida muy a la moda, se agacha para recoger la bolsa de compras de Mitzi. Steve le devuelve su cartera. “Solo necesito que me guarde este dinero hasta mañana”. Lo agita de un lado a otro frente a su rostro.

“No. No puedo recibírselo. De verdad. ¿A dónde se fue esa mujer?”

“Por favor, señora. Me ayudaría mucho”. Mete el fajo en lo profundo de su bolso bandolera. La acción es veloz, decidida, adentro y afuera. Enseguida comienza a alejarse. “¡Pero si no tiene mi número!”, se escucha a sí misma gritarle.

Mitzi está de pie en medio de un círculo de luz, aferrada a su cartera. La bolsa de las compras sobresale entre sus pies. Su bolsa de libros, repleta de volúmenes de la biblioteca, reposa sobre la bolsa de compras. Saca el fajo de billetes de Steve. Nada más que papel periódico recortado en forma de billete. Busca su dinero. Los doscientos dólares. No están en su billetera. Tampoco en su bolso bandolera. Abre todas las cremalleras. Desabrocha todos los broches, registra en los bolsillos de sus bolsos, los del abrigo, los de la falda.

“¿Se encuentra bien?”. Una mujer más joven, de gorro tejido, se dispone a usar el cajero. Su rostro refleja una gran preocupación. Coloca su mano sobre el brazo de Mitzi. Mitzi se retira.

No se encuentra bien.

“Estoy bien. Bien. Gracias por preguntar”. Cierra la boca, cierra la cremallera de su bolso bandolera arroja el dinero falso en la caneca de basura, lo saca de nuevo al caer en cuenta de que podría ser una evidencia. Jadea, como si algo duro y pesado se le hubiera atascado en la boca del estómago.

Mitzi nunca deseó tener un hijo. El solo hecho de tener a un bebé creciendo en su pequeño cuerpo y expulsar un producto de siete libras a través de su estrecho canal pélvico y su apretada entrepierna resultaba muy doloroso para siquiera imaginarlo. No menos aterradora era la perspectiva de un objeto que comía, excretaba, la dejaba sin aliento, hacía ruido y del cual debía hacerse responsable. De manera que la cogió por sorpresa lo deprimida que se sintió cuando le llegó la menopausia. El cambio se produjo furtivamente. Sin sofocos ni sudores inoportunos. Apenas si se enteró cuando el flujo mensual se detuvo.

Afuera está todo gris. Mitzi se acomoda el abrigo y se ajusta el collar. Quiere estar en su cama, debajo de las cobijas, pero a esta hora pico los buses pasan raudos frente a ella. Entra en una cafetería y se acomoda en la fila para ordenar un té caliente con limón. La taza de plástico se inclina en su mano mientras ella camina buscando un sitio en la larga repisa rectangular que da hacia la calle. Coloca las bolsas entre sus pies y se sienta en el taburete, sacudiendo las migas del cliente anterior. Se imagina a Steve afuera buscando otro incauto. *Otra dosis.*

Mitzi estuvo casada una vez. Las cosas no funcionaron.

Después de la ceremonia Mitzi y como se llamara
nunca llegaron a ser verdaderamente cercanos.

Remoja la bolsa de té. Necesita algo fuerte y caliente para llenar el vacío que le ha dejado el impacto que acaba de sufrir. Da un sorbo y pone la taza sobre la mesa. Toma un sorbo más grande. Está tan avergonzada. Fue su culpa. Culpa de su ridícula vanidad.

Nunca se lo contará a nadie. Puede imaginarse a sus amigos burlándose a sus espaldas. A su madre en la Florida aprovechando la oportunidad de contar con un nuevo argumento para convencerla de que se mude cerca de ella y compre propiedad en una urbanización privada. Mitzi contempla su taza de té. Empieza a revolver hasta que forma un remolino.

El té la reconforta. Ahora recuerda. Tiene que contar la historia al menos una vez, para reportar el robo. Le aterra esa perspectiva. Sabe que va a quedar como una idiota. Pero su deber es acudir a la policía. No es que haya ni un ápice de oportunidad de recuperar su dinero, pero un delito debe ser denunciado. Siente como si la sangre dejara de correr, pesada como cemento. Da un último sorbo a su té y se desliza hacia el borde del taburete hasta que la punta de su zapato toca el suelo.

Mitzi es una ex alumna ejemplar de su Alma Mater, donante generosa y habitual, siempre dispuesta a entrevistar a estudiantes potenciales que residan en su área. Una tarde que visitaba el campus, no mucho antes del incidente en el banco, se las arregló para asistir a una de las clases de literatura contemporánea del profesor Knowlton. Cuando era estudiante, Mitzi se había inscrito en las clases de literatura inglesa, sigilosamente, sintiéndose culpable por darse un lujo no merecido, un lujo que no formaba parte de la inversión en su futura seguridad financiera que habían hecho sus padres. Leía los textos asignados a altas horas de la noche, de la misma manera furtiva en que su compañera de cuarto se escabullía por la ventana para irse a dormir con su novio.

Knowlton - conocimiento por toneladas: a Mitzi le gustaba esta definición. Además era alto y sin panza, se vestía de manera apropiada con pantalones caquis y suéter, su mirada era inquisitiva, las afeitadas no demasiado esmeradas. Era más joven que ella, justo en la cúspide entre la juventud y la madurez, pero Mitzi tenía un maquillaje que le favorecía mucho y vestía jeans y chaqueta ajustados. El profesor la recorrió de nuevo con la mirada antes de indicarle una silla en un costado de la clase.

A Mitzi le agradaban los jóvenes que fueran lo suficientemente maduros para entablar una conversación inteligente. No precisamente estos chicos. Entraban al salón sin entusiasmo o cuando ya había empezado la clase. Cuando el profesor preguntó cuántos habían leído el texto asignado, del grupo de veinticinco estudiantes solo se elevaron cuatro manos, dos de ellas a medias. De modo que el profesor Knowlton tuvo que leer el relato en voz alta.

Justo en el momento del relato en el que un siniestro desconocido golpeaba con sus nudillos la mampara de la cabaña donde se encontraba la jovencita, sola, a punto de lavarse el cabello, Mitzi sintió una cálida humedad entre sus piernas cruzadas. Era una sensación desconcertante pero bienvenida. Habían pasado varios meses desde la última visita de “la maldición”. No tenía consigo tampones.

La familiar sensación que acompañó a la secreción del sangrado íntimo, húmeda y espesa, era portadora de un emocionante mensaje. Un destello de júbilo se adentró en su espíritu. El relato era cada vez más y más aterrador. El profesor todavía seguía leyendo cuando sonó el timbre de final de clase.

Mitzi se fue directo hasta el recién inaugurado baño mixto. Se apresuró a entrar al cubículo más alejado, con un veloz movimiento se bajó las medias y los interiores, se puso en cuclillas sobre la taza y echó un vistazo.

Esperaba encontrar algo de sangre, no mucha —nada muy desagradable, nada que la dejara toda empapada— acaso un trazo delgado de color rojo óxido, como el de una pincelada sobre un lienzo en blanco, un elocuente signo sobre una antigua muralla. Observó de forma muy cuidadosa puesto que realmente llegó a sentirse muy empapada, muy esperanzada. Nada.

Es una noche sin estrellas; Mitzi llega a la comisaría y empuja la pesada puerta de acero. Al entrar el policía de turno, le echa un vistazo, evaluándola y descartándola de una sola mirada. Mitzi anuncia con tono autoritario.

“Me llamo Mildred Petrow”.

El detective Leblang, quien la espera en una oficina de la parte trasera de la comisaría, es más ceremonioso. Se pone de pie y se presenta. Es un hombre corpulento, de aspecto juvenil y un bigote con algunas vetas grises. Sostiene el bolígrafo con gran propiedad, bajo la luz intensa del recinto se alcanzan a distinguir los vellos grisosos en el dorso de la mano. La funda a la altura de la cadera y la voluminosa pistola en su interior infunden confianza en Mitzi. Le cuenta lo que le parece pertinente contar, eliminando de su relato las partes en donde ella queda como una completa imbécil.

“El caso es que usted está bien. ¿O le hicieron daño de alguna manera?”.

“Ninguno. Excepto el daño infligido a mi orgullo”. Mitzi entrecierra los ojos.

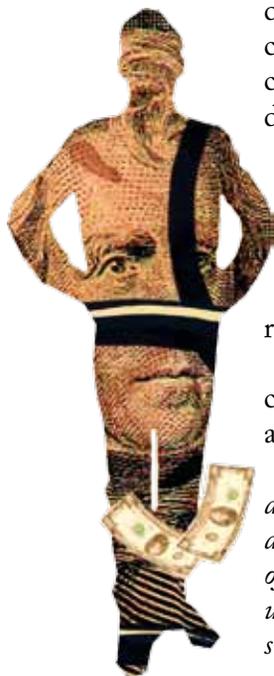
“Se siente agredida. Sufrió una agresión”.

“Supongo que será muy difícil atraparlo”.

“Nunca se sabe. Estos tipos casi siempre se creen más listos de lo que en realidad son”.

Sin ninguna prisa, el oficial Leblang la acompaña hasta la puerta de la comisaría. “Que tenga una buena noche, Mildred, y trate de olvidarse de este asunto. Ahora ha quedado en nuestras manos”.

El nombre de Mildred debió haber significado mucho para su madre: un nombre de niña bien educada, posando recatadamente dentro de un elaborado portarretratos de filigrana. En lugar de ello resultó ser una niñita regordeta con una cara plana y ojos evasivos, una niña que torcía los zapatos, se estrellaba contra los muebles, con un cabello tan delgado y frágil que era inútil intentar rizarlo. Para compensar todos sus defectos y mantenerse alejada de problemas, Mildred pasaba inadvertida y hacía



caso omiso de sus apetitos. Creció con los requisitos esenciales para ser una excelente esposa, pero no mucho después de la lánguida luna de miel, insistió en conseguirse un trabajo y aquello puso punto final a la relación. Comenzó a llamarse a sí misma Mitzi. Su marido quedó de una pieza cuando ella decidió separarse. No tenía ni idea qué bicho la habría picado.

Se ha ido la primavera y ha llegado el verano. Mitzi ha pasado la aspiradora por sus armarios y se ha deshecho de ropa que ya nunca usa. Es un caluroso día de julio, pero ella se encuentra en su oficina con aire acondicionado examinando unos documentos importantes. Ya no es tan paciente como solía serlo. Tiene una nueva asistente que trabaja de prisa y nunca se olvida de ningún mensaje. La nueva asistente coloca el café con leche descremada en un portavasos para proteger el acabado de la superficie de la mesa. Contesta una llamada y, cubriendo la bocina, anuncia que es el detective Leblang. “¿Mildred?”, le pregunta en un murmullo, sorprendida. Mitzi asiente y a su mente vuelve la imagen de aquel hombre de ojos azules, bigote vetado, con la pistola al cinto. Gira velozmente en su silla ergonómica.

Leblang ya tenía a un sospechoso. Detenido por un caso similar. Correspondía al modus operandi y a la descripción física proporcionada por Mildred. ¿Podría venir a la comisaría para identificarlo?

“Si le preocupa que él pueda verla no tiene por qué. Él estará detrás de un vidrio especial. Usted puede mirar al interior pero ellos no ven nada del otro lado del vidrio. Se lo juro. Él nunca se dará cuenta”.

El detective espera a que ella asimile las palabras. “Usted salió bien librada”, le recuerda. “Este sujeto les ha sacado mucho más a otras mujeres. Hay que ponerlo tras las rejas”.

Lo que Mitzi más detesta de envejecer es que los ojos de los hombres la descarten. No es una mirada que le agrade. Quisiera ser tenida en cuenta. Cuando era joven muchas veces no reconocía los indicios de interés. Bajaba la mirada y más tarde, ya acostada en la cama se preguntaba si tal vez ese o aquel hombre tenía alguna intención con ella. En una ocasión, recién entrando en la madurez, en un viaje de vacaciones, ya lista para abordar el avión, le presentaron a un piloto —con un rostro como de pintura renacentista, piel suave, ojos penetrantes, un cuerpo varonil y vigoroso debajo de un impecable uniforme— y él le dedicó una de aquellas miradas. Esta vez Mitzi sostuvo la mirada. Ella y el hombre se estrecharon la mano de una manera íntima y apesadumbrada pues se marchaban en vuelos diferentes. “Qué lástima”, dijo ella y los ojos del piloto resplandecieron. Ese tipo de miradas es cada vez más escaso y proviene de quienes menos desearía que vinieran.

Mitzi escoge unos zapatos de tacones medianos que la hacen ver más alta y la hacen sentirse más segura. El traje pantalón color gris carbón es justo el indicado para una ocasión seria. Se maquilla de tal forma que se vea lo más atractiva posible, y se dirige, respirando profundamente para disminuir la rapidez de los latidos del corazón, hacia la comisaría de policía donde su esmerado aspecto no causa la menor impresión. La recepcionista le señala la puerta hacia el recinto de los testigos.

Afuera está todo gris. Mitzi se acomoda el abrigo
y se ajusta el collar. Quiere estar en su cama,
debajo de las cobijas, pero a esta hora pico
los buses pasan raudos frente a ella.

Ya se encuentran allí dos mujeres, sentadas como un par de gorriones en el borde de una banca sin brazos empotrada en el piso. De los tubos fluorescentes se desprenden olores de humo rancio y el suelo de baldosas está desportillado. En el dispensador de agua no hay vasos. Mitzi se sienta en una banca cercana a la puerta, y saca un periódico de la cartera que ahora también le sirve como escudo. Una cuarta testigo entra discretamente y se sienta en el otro extremo de la banca de Mitzi. Tiene el mismo aspecto de las otras mujeres: pulcra y rolliza, con el pelo gris o teñido, una cara amable, vestida con esmero. Mitzi se ve a sí misma mucho más refinada que las mujeres que están allí. En los días buenos incluso se siente atractiva.

“¿Pasamos todas por la misma experiencia?”, pregunta con voz trémula la recién llegada.

Por lo visto Steve había estado ocupado... aunque no siempre se llamase Steve. Cuando llovía llevaba una sombrilla, pero nunca una gorra. En días de sol o de lluvia llevaba siempre una camisa blanca y una chaqueta abierta. Su repertorio era limitado. Operaba cerca de los cajeros automáticos. Su cómplice siempre era una mujer, algunas veces rubia, siempre bien vestida. “Estuve a punto de invitarlo a casa a cenar”, dice una mujer. Mitzi puede entenderlo perfectamente. Puede verse a sí misma echando un vistazo en el refrigerador, buscando algo nutritivo mientras Steve aguarda en la mesa de la cocina.

Una quinta mujer entra de puntillas. “No quería venir”, dice. “Todavía estoy encabronada conmigo misma”.

Las otras mujeres la miran.

“¿Con usted misma? ¡Encabronese con él!”.

“Él cree que a nosotras nos encanta ser estafadas”.

Mitzi se pregunta qué la pudo haber convertido en una presa tan fácil. Con seguridad habría tenido que esforzarse mucho más con estas mujeres.

La mujer alterada toma una gran bocanada de aire. “No sabemos si al que tienen allí a nuestro asaltante”.

“Lo sabremos en cuanto lo veamos”.

Un cosquilleo de aprensión sube por el cuello de Mitzi.

Una luz púrpura inunda la sala de espera en el instante en que se abre la puerta. El oficial Leblang, con uniforme de botones dorados, surge en medio del púrpura. A Mitzi le toca de primera. El detective la llama Mildred.

Ella quisiera vengarse usando el nombre de pila de él, pero lo desconoce. Avanza presurosa detrás de sus zancadas, sintiéndose más pequeña con cada paso. En el momento en que entran a un recinto enorme y cuadrado ha pasado

a ser una miniatura. Frente a una mesa pequeña se sienta con todo su peso una agente de policía. Encuentra en la lista el nombre de la señorita Petrow, pone una marca al lado del nombre, le hace preguntas, le recita todo el procedimiento. Con su barbilla señala una silla apartada. Mitzi se sienta en el borde, mirando a través de la pared de vidrio que tiene enfrente.

De repente aparecen seis hombres como por arte de magia. Se organizan en una fila irregular en posturas individuales sorprendentes. Se trata de un desfile con lo último de la moda callejera —prendas para chulos, prendas para destechados, prendas para adictos, prendas para estafadores— modeladas en varias posturas que van desde la agresión, la indiferencia y el desprecio hasta llegar a la humildad. Desde el punto de observación en primer plano de Mitzi, parecen todos iguales, como lo parecen las mujeres en la sala de espera, como una hilera de cajeros automáticos. Se cambia los anteojos. Descarta al de la camiseta sin mangas con varios tatuajes. Descarta al basquetbolista con la cabeza afeitada. El que está vestido como ejecutivo es pequeño y parece latino. No puede ser el cuarto a menos que Steve haya ganado mucho peso.

Mitzi tiene la esperanza de que no se encuentre allí. Pero bien podría ser el de las zapatillas deportivas y pantalón caqui. No es como ella lo recuerda. El cabello parece más corto. Tiene una chivera. Su camisa de franela es de mangas largas, como las que usan los drogadictos que se pinchan.

Mitzi está tardando demasiado. Le piden que se acerque más. Desde un metro de distancia, mira con detenimiento al tipo con aspecto de Steve y se queda perpleja. No logra identificar en él al atractivo estudiante, al joven pulcro de impecable camisa blanca y cuya chaqueta abierta ondeaba al viento en aquella esquina, y cuyos ojos vivaces se reían de su propia inexperiencia en la ciudad. Este Steve es más grande. Y mayor. El rostro es aún suave y redondeado, pero no tiene expresión. Mira en dirección de un cuarto cuyo interior no puede ver, pero sus ojos no buscan nada. Mitzi está estudiando el rostro de un hombre a quien nunca podría acercarse, quien no respondería a la bondad, las explicaciones o los ruegos de otros. Sentiría temor de encontrarse con él en una calle solitaria. Sentiría temor de él si no estuviera el vidrio de por medio. Siente temor de él, incluso con el vidrio.

Mitzi cierra los ojos y espera mientras le regresan las fuerzas. Guarda los anteojos y se queda mirándolo hasta que ya no puede mirar más. Cambia la cartera del brazo derecho al izquierdo. La mano con el dedo encargado de señalar pesa ahora como un ladrillo sólido, pero Mitzi la levanta y señala. ■

Rolaine Hochstein (Estados Unidos)

Es una de las más destacadas cuentistas de la literatura norteamericana actual. Además de sus novelas *Stepping Out* y *Table 47*, sus relatos han sido incluidos en antologías y seleccionados para los premios de narrativa Pushcart Prize y en la recopilación anual Best American Short Stories. Ha publicado en revistas literarias como *Antioch Review*, *Confrontation*, *Kansas Quarterly* y *Prairie*. Su cuento "A Virtuous Woman" recibió el primer premio en el concurso anual convocado por Glimmer Train. Ha publicado numerosas crónicas de viaje, textos investigativos, humorísticos y perfiles de personajes famosos en revistas como *Good Housekeeping*, *Cosmopolitan*, *Parents*, *Ms* y *Glamour*.